

## CAPITULO X

## CUESTIONES DE ALEMANIA, DE ITALIA Y DE ORIENTE

I. Cuestiones de Alemania.—II. Cuestiones de Italia.—III. Carlos VII y los proyectos de cruzada.—IV. Ojeada sobre el reinado de Carlos VII.

## I.—Cuestiones de Alemania (1)

Antes de que terminara la expulsión de los ingleses, Carlos VII reanudó la obra de expansión, si bien con algunas precauciones, que se explican por la amenaza inglesa y menos por sistema que por la fuerza de las circunstancias. Así, por ejemplo, si intervino en Lorena y en Suiza, lo hizo impulsado por motivos especiales, tales como la necesidad de ocupar á los desolladores durante la tregua, el deseo de satisfacer las exigencias de un príncipe amigo, Renato de Anjou, y la obligación de rechazar el poderío borgoñón.

La política agresiva que en otro tiempo siguieron en la frontera del Este los reyes de Francia primero y después Luis de Orleans, había llegado á ser una política borgoñona. Felipe el Bueno se desprendió de Francia mucho más aún que su padre Juan Sin Miedo; sus adquisiciones hicieron de él ante todo un príncipe del Imperio. ¿Fundaría un nuevo reino fuera de Francia, en donde sólo tenía la tercera parte de sus dominios y en donde el tratado de Arrás le había eximido hasta de todo lazo de vasallaje respecto de Carlos VII? El problema que más adelante debía plantearse entre Luis XI y el Temerario, planteábase ya entre Carlos VII y Felipe el Bueno, y Carlos VII supo resolverlo con ventaja para Francia.

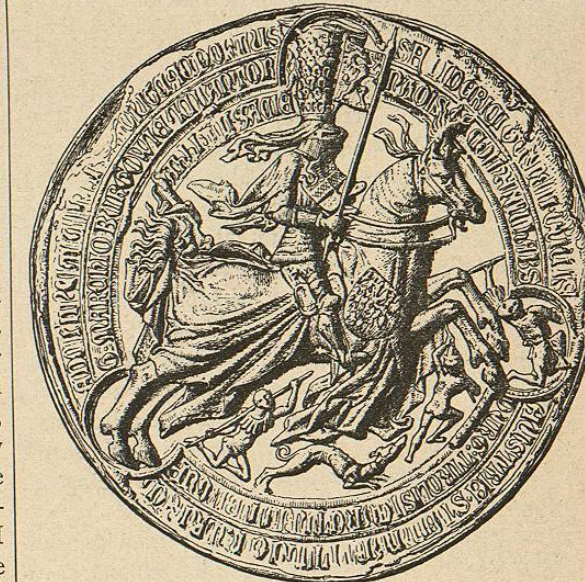
En la región que hacía siglos se disputaban Francia y Alemania, región física sin unidad que se sustrafía á toda evolución política precisa, tierra de Imperio en donde el emperador había llegado á ser poco menos que un extraño, el duque de Borgoña poseía el Franco Condado y los Países Bajos, territorios que quería reunir mediante la adquisición de los países intermedios. Habiendo visto rechazada una tentativa que em-

(1) FUENTES.—Los documentos publicados son numerosos y hallanse dispersos. Además de las crónicas de Mateo de Escouchy, Berry, T. Basin: *Annales du doyen de Saint-Thiebaud*, en dom Calmet, *Histoire de Lorraine*, tomo V, 1745; *Chroniques de la ville de Metz* (amalgama de crónicas, por J. F. Huguenin, 1838). Documentos publicados por: Schilter, *Elsassische Chronique von Jacob von Kenigshoven*, 1698 (Apéndices, pág. 909 á 1020); Chmel, *Materialien zur österreichischen Geschichte*, 1832-1840; Mossmann, «Revue d'Alsace», 1875; Tueteu, *Les Ecorcheurs*, tomo II; De Beaucourt, «Edition de la Chronique de Mathieu d'Escouchy», tomo III, *Pièces justificatives*.

OBRAS DE CONSULTA.—A. Lefroux, *Nouvelles recherches critiques sur les relations de la France avec l'Allemagne de 1378 á 1461*, 1892. Dierauer, *Geschichte der Schweizerischen Eidgenossenschaft*, tomo II, 1892. L. Stouff, *Les origines de l'annexion de la Haute-Alsace á la Bourgogne*, «Revue bourguignonne de l'Enseignement supérieur», tomo X, 1900; Tueteu, *Les Ecorcheurs sous Charles VII*, 1874. Witte, *Die Armagnaken im Elsass*, 1890. Favre, *Notice sur Jean de Buëil* (Introducción al *Jouvencel*, edición de la «Société de l'Histoire de France»). De Sauley et Huguenin, *Relation du siège de Metz en 1444*, 1835. B. de Mandrot, *Relations de Charles VII et de Louis XI avec les cantons suisses*, 1881. Duhamel, *Négotiations de Charles VII et de Louis XI avec les évêques de Metz pour la châtellenie d'Epinal*, «Annales de la Société d'Emulation des Vosges», tomo XII, 1867.

prendió sobre la Alsacia meridional, puso sus miras en el Barrois y en la Lorena y posteriormente en el Luxemburgo, prestando su ayuda al conde de Vaudemont contra Renato de Anjou, duque de Bar y de Lorena (2), y esforzándose discretamente en extender su influencia sobre los obispados de Metz y de Verdún.

El activo emperador Segismundo de Luxemburgo hizo una enérgica oposición á los proyectos de Felipe y aun se negó á recibir su homenaje por los dominios que el duque había adquirido en tierra del Imperio. A su muerte, la elección llevó nuevamente al trono impe-



Sello de Federico de Austria. (Archivo secreto del Estado, Berlín.)

rial á los Habsburgo en la persona de Alberto de Austria, príncipe también capaz de hacer respetar su autoridad; pero después de Alberto reinó durante cincuenta y tres años (1440-1493) Federico de Austria, refiriéndose al cual un enviado de Carlos VII escribía que era un hombre «adormecido, desidioso, pesado, taciturno, avaricioso, cicatero, pusilánime, que se deja desplumar por cualquiera sin defenderse, variable, hipócrita, disimulado, y á quien sienta bien todo adjetivo malo.» Felipe el Bueno no podía desear soberano menos temible; pero ahora el rey de Francia hallábase ya en condiciones de frustrar los proyectos del duque de Borgoña.

Uno de los medios de contener la ambición borgoñona era una alianza con los príncipes austriacos (3). Ya en 1430, Carlos VII había firmado con Federico, *el de la Bolsa vacía*, un tratado que por un momento

(2) Véase anteriormente, pág. 750, nota. Por otra parte trató en vano de obligar á Renato de Anjou, á quien hizo prisionero, á cederle el ducado de Ber.

(3) En tiempo de Carlos VII, la casa de Austria estaba dividida en tres líneas: 1.ª, la línea de Austria, que tuvo entonces por jefes al emperador Alberto y luego á su hijo Ladislao, el cual no fue emperador, pero juntó durante algunos años al ducado de Austria propiamente dicho los reinos electivos de Hungría y de Bohemia; la línea de Austria se extinguió á la muerte de Ladislao en 1457; 2.ª, la línea estiria, que poseía la Estiria, la Carintia, la Carniola y el Friul; tenía entonces dos jefes: Federico, que sucedió á Alberto de Austria en el trono imperial, y su hermano Alberto el Pródigo, que murió en 1463; 3.ª, la línea llamada de Habsburgo anterior, que tenía el Tirol, la Suiza, la Alsacia y la

alarmó á Felipe el Bueno (1). Los asuntos de Suiza dieron ocasión á que este convenio se renovara.

La Confederación de los ocho cantones suizos (Uri, Schwitz, Unterwald, y luego Lucerna, Zurich, Zug, Glaris, Berna), constituida en el siglo XIV, había impuesto á los duques de Austria, en 1412, una paz que garantizaba su independencia; esto no obstante, Federico III, al ceñir la corona imperial, no quiso confirmar las franquicias de los suizos, y aprovechándose de las disensiones de éstos, firmó con los representantes del cantón de Zurich una alianza defensiva. Los demás confederados, en vista de esto, acusaron de traición á los zuriquenses y les declararon la guerra.

Los duques de Austria y sus vasallos apoyaron á Zurich. Los Habsburgos poseían importantes territorios en el Norte de Suiza, tales como el landgraviato de la Alta Alsacia, el condado de Ferrette, el Brigau y la Selva Negra, una parte de los cuales estaban dados en feudo ó empeñados á una porción de señores brutales y codiciosos que alimentaban un odio tenaz contra los montañeses libres de la confederación; citaremos entre ellos á los Thierstein y á Burckard Mönch, de Landskrone, el enemigo legendario de los suizos. Sin embargo, la guerra, á pesar del encarnizamiento de los austriacos, tomó mal sesgo para éstos, porque no tenían ejército capaz de vencer á la temible infantería suiza; en vista de lo cual Federico III, con objeto de salvar á Zurich, pidió ayuda al rey de Francia (22 de agosto de 1443).

A esta ocasión que le permitía intervenir en los asuntos del Este juntó otra que más directamente favorecía los designios de Carlos VII. Renato de Anjou, escaso de dinero, había aumentado considerablemente las deudas que con la ciudad de Metz habían contraído sus predecesores los duques de Lorena. Los messinos, viendo que nada se les pagaba, incomodáronse, saquearon los equipajes de la duquesa y se negaron á dar satisfacción alguna, por lo que en la época en que se firmó la gran tregua de 1444, Renato de Anjou solicitó el auxilio de Carlos VII para vengar aquella injuria.

Decidióse entonces realizar una doble expedición, siendo por otra parte indudable que la causa determinante de aquella resolución fué la necesidad de ocupar á las tropas ligeras (2). La tregua con los ingleses había sido firmada en 28 de mayo, y el pueblo de Francia, explotado, saqueado y torturado por los desolladores, hacía llegar hasta el rey un clamor inmenso de angustia; era, pues, preciso, como dijo Carlos VII en cartas de 9 de enero de 1445, «encontrar la manera de limpiar y echar fuera de nuestro dicho reino á las tropas que vivían sobre los campos.» El monarca debía, como

Suabia austriacas, y que tuvo por jefes en el siglo XV á Federico, el de la bolsa vacía, y luego á su hijo Segismundo. Los jefes de las tres ramas llevaban el título de duque de Austria, y cada uno de ellos tenía la pretensión de dirigir los asuntos de toda la casa. Los duques de Austria estaban en disputa con la casa de Borgoña por causa de la Alta Alsacia; Felipe el Bueno se negó siempre á abandonar los derechos que pretendía tener sobre este territorio por razón del contrato de matrimonio firmado en 1393 entre su tía Catalina de Borgoña y el duque de Austria Leopoldo el Sobervio.

(1) Véase anteriormente, pág. 642.

(2) Todos los testimonios contemporáneos están acordes sobre esto, y M. Leroux al rechazarlos ha negado la evidencia.

escribió uno de los compañeros del delfín en Suiza, Juan de Bueil, «mantener á sus gentes armadas y descargar su reino.» Al mismo tiempo se realizaría una labor útil, cual era fortalecer á dos de los enemigos del duque de Borgoña creando nuevos obstáculos á las ambiciones de éste en la Lorena y en el alto valle del Rhin.

¿Quisieron ó esperaron algo más Carlos VII en Lorena y el delfín Luis en Suiza? Algunos lo han negado y sin embargo ni uno ni otro ocultaron sus proyectos de anexión. En 2 de septiembre de 1444, algunos días después de su victoria de Saint-Jacques, el delfín decía á los embajadores imperiales que había ido allí «para recobrar ciertas tierras antiguamente sometidas á la corona de Francia que voluntaria ó fraudulentamente se habían sustraído á la obediencia de esta corona.» El 11 del mismo mes el rey escribía que se había trasladado á las fronteras del ducado de Lorena «para poner remedio á varias usurpaciones y empresas acometidas contra los derechos de nuestros reinos y corona de Francia en muchas comarcas, señoríos, ciudades y villas situados aquende el Rhin que de antiguo solían ser y pertenecer á nuestros predecesores reyes de Francia, y volverlas y reducir las á nuestra potestad y buena obediencia.» Bajo estas palabras vagas, que indudablemente habría sido bastante difícil precisar más, aparece la ambición de aprovecharse de la debilidad política de Alemania para engrandecer sus dominios. No puede dudarse de que Carlos VII quiso apoderarse de los tres obispados de Metz, Toul y Verdún y la tentativa de su hijo sobre Basilea nos induce á creer que el joven delfín acariciaba ya el proyecto de crearse un principado en las dos vertientes de los Alpes.

En 20 de julio de 1444 el delfín entró en Langres, en donde desde hacía meses se concentraban su ejército y su artillería: había allí tropas ligeras procedentes de todas partes del reino, y hasta algunas inglesas, que iban á ser conducidas fuera de Francia y que formaban un total de quince ó veinte mil combatientes, seguidos de millares de granujas y de mujeres. Era una reunión de gentes en gran parte miserables y desharrapadas, pero temibles por su brutalidad, por su larga experiencia de la guerra y por una sed de saqueos y de suplicios que el delfín no trató de contener. Por dondequiera que pasó sembró la desolación y la muerte.

El delfín recibía continuas embajadas suplicándole que se apresurara. Los confederados bloqueaban Zurich y el día 12 de agosto pusieron sitio al castillo de Farnsburg, sitiado al Sur de Basilea, que era la guarida de un bandido, el barón de Falckenstein. El delfín declaró que iba á hacer levantar el bloqueo de Farnsburg, y allá por el 20 de agosto los desolladores invadieron y asolaron la campiña de Basilea. Esta ciudad era la que en realidad proyectaba tomar el delfín, á pesar de ser ciudad imperial y de estarse celebrando en ella el concilio. Quejóse el burgomaestre de aquella irrupción y preguntó, aunque inútilmente, las razones en que se apoyaba. El delfín instalóse al Oeste de la ciudad, mientras los austriacos sus aliados avanzaban por la orilla derecha del Rhin en dirección á la pequeña Basilea. En el entretanto un numeroso contingente de tropas ligeras francesas se encaminaba hacia el castillo del barón de Falckenstein; mil quinientos ó dos mil suizos se desta-

caron del sitio de Farnsburg para salirles al encuentro, consiguiendo al principio rechazarlos. Al amanecer del 26 de agosto libróse en la llanura de Pratteln una batalla encarnizada que terminó por la tarde en los jardines del hospital de leprosos de Saint-Jacques con la matanza del pequeño contingente suizo. Los de Basilea habían hecho en la madrugada una salida para socorrer á los confederados, pero al ver cercada su ciudad por el enemigo regresaron precipitadamente escapando de esta suerte al lazo que les tendiera Luis de Francia.

El heroísmo del destacamento suizo destruido en

Zurich y los demás cantones, Luis no intervendría en ella más que para ofrecer su mediación.

Habiéndose negado los duques de Austria á entregar las plazas fuertes que habían prometido al delfín para acuartelar á sus tropas, Luis instaló á los desolladores en Alsacia, recurriendo á la fuerza y estableciéndolos en quince cuarteles de invierno, desde Montbeliard hasta las inmediaciones de Estrasburgo, á pesar de la resistencia de las ciudades. Aquella pandilla de bandidos cosmopolitas cometió allí, durante seis meses, las más espantosas fechorías, haciendo odioso el nombre fran-



Mahometo II. (Gabinete numismático de Berlín.)

Saint-Jacques causó gran impresión en el ánimo del delfín. La actitud enérgica de los confederados que abandonaron el sitio de Zurich y marcharon á Argovia para contener á los desolladores; la hostilidad de las poblaciones de la Selva Negra; el lenguaje áspero de los embajadores imperiales que á la sazón se quejaban de aquella invasión de «bárbaros;» las maniobras alarmantes del duque de Borgoña, que en 11 de octubre firmaba un tratado de alianza con el duque de Baviera, todo inducía al hijo de Carlos VII á retirarse. Hizo, sin embargo, una nueva tentativa para entrar en Basilea, si bien apelando aquella vez á la dulzura y á la elocuencia persuasiva; en efecto, su enviado Gabriel de Berna sostuvo que en otro tiempo la ciudad de Basilea estaba bajo la protección del rey de Francia y le pagaba un censo anual. Los basilienses aseguraron que el delfín estaba equivocado y éste no insistió y solicitó la amistad de los suizos, que eran tan buenos soldados, firmando en 28 de octubre en Ensishem un tratado de «buena inteligencia y firme amistad» con las ciudades y municipios de Basilea, Berna, Lucerna, Soleure, Uri, Schwitz, Unterwald, Zug y Glaris, y prometiendo imponer aquella paz á sus capitanes y á los nobles del país. Las relaciones comerciales entre Suiza y Francia habían de ser libres y comunes, y en cuanto á la contienda entre

cés en toda la Alemania occidental. Al fin, en el mes de abril de 1445, vióse la Alsacia libre de aquellos «bárbaros.»

La expedición de Carlos VII á Lorena fué menos dramática. Primeramente Pedro de Brezé pidió la sumisión de Epinal, ciudad que constituía una presa fácil y cuyos habitantes no dependían sino del obispo de Metz, que más que un señor era para ellos un enemigo. En aquellos tiempos de bandolerismo, una ciudad pequeña no podía prescindir de un protector, así es que los epinalenses, en vista de la seguridad de conservar sus franquicias, juraron de buen grado fidelidad al rey de Francia (4 de septiembre de 1444). La poderosa ciudad de Metz opuso, por el contrario, enérgica resistencia. Los messinos, al ver llegar á los desolladores, exigieron explicaciones preguntando por qué se violaba su territorio, no siendo, como no eran, súbditos del rey. El consejero Juan Rabateau respondió á los embajadores de la ciudad recibidos en audiencia: «El rey probará suficientemente en caso necesario, por medio de las crónicas y de la historia, que los messinos han sido siempre súbditos del rey, de sus predecesores y del reino.» Por espacio de cuatro meses los desolladores devastaron los alrededores de Metz, pero fué necesario renunciar á tomar la plaza, y en 28 de febrero de 1445 Carlos VII

firmó con los messinos un tratado de buena paz, desistiendo de su proyecto de someterles y obligándoles únicamente á sacrificar la mayor parte de los créditos que tenían contra Renato de Anjou y sus predecesores en Lorena. De este modo el buen rey Renato liquidaba sus deudas con el concurso del rey de Francia.

Muchas otras ciudades recibieron la intimación de someterse á la supremacía del rey: Saint-Nicolas-du-Port, Rembercourt-aux-Pots y algunas otras villas pusieronse bajo la salvaguardia de éste; Toul y Verdún sólo á la fuerza se sometieron al final de la campaña (mayo-junio de 1445). Toul negóse á reconocer como propietario suyo al rey de Francia y aceptó únicamente la protección de éste, que compró mediante un canon anual de 400 florines. En cuanto á Verdún, eran indiscutibles los derechos que sobre ella tenía Carlos VII, puesto que desde los tiempos de San Luis esa ciudad estaba bajo la salvaguardia del rey de Francia, á quien había prometido un canon y el servicio de huésped; renovóse, por consiguiente, el pacto y los habitantes pagaron 3.500 florines de oro en concepto de atrasos debidos al monarca.

Las campañas de 1444 habían dado un resultado más importante que la anulación de algunas deudas de Renato de Anjou: la bandera del rey de Francia, durante tanto tiempo oculta y humillada, había sido paseada victoriosamente hasta el Rin, en los mismos países que el duque de Borgoña codiciaba, y finalmente habíase iniciado la alianza con los suizos. Carlos VII hizo hasta el fin de su reinado constantes esfuerzos para asegurarse la amistad de éstos, de quienes pensaba aprovecharse, lo mismo que de los saboyanos, para combatir á los ingleses; por esta razón les hizo toda clase de favores y firmó con ellos, en 1452, un tratado «de inteligencia perpetua» que no tuvo, sin embargo, consecuencias inmediatas.

Si los confederados se habían convertido en amigos de Francia, en cambio habíase roto la unión con el emperador, primer pretexto de la expedición en Suiza. Los desolladores, con sus excesos, habían atemorizado á los habitantes del valle del Rin, y Carlos VII había desconocido sistemáticamente los derechos del emperador sobre las ciudades lorenesas, portándose como si Federico III no hubiese existido. La misma política siguió en Italia, en donde para nada tuvo en cuenta la soberanía imperial, sin que las airadas reclamaciones de los embajadores de Federico obtuvieran ni siquiera una apariencia de excusa.

Este cambio de frente obedecía á un sentimiento exacto de la realidad. De Federico III casi nada podía esperarse para contener los progresos de la casa de Borgoña y aun era de temer que se dejara engañar por Felipe el Bueno y le concediera el objeto de su sueño grandioso, una corona de rey. Menospreciar al emperador á fin de desprestigiarlo y de anular su acción en todo el Occidente, y buscar aliados entre los príncipes alemanes, envidiosos del poderío borgoñón y eternamente indóciles al emperador, tal fué en lo sucesivo la política de los consejeros de Carlos VII, quienes en 1445 firmaron una serie de tratados dirigidos contra el duque de Borgoña, con el arzobispo de Tréveris, Jacobo de Sierck, ex consejero del rey Renato; con el arzobispo de Colonia, en guerra entonces con el duque de

Cléveris, cuñado de Felipe el Bueno; con Luis de Baviera, elector palatino, hacía poco aliado de Felipe el Bueno; con Federico, elector de Sajonia; con Guillermo, duque de Sajonia, competidor de Felipe en la posesión del Luxemburgo; con el duque de Juliers y con el conde de Blanckenheim. Hasta en la burguesía alemana buscó amigos Carlos VII; así en 1453 confirió un beneficio á un ciudadano de Colonia.

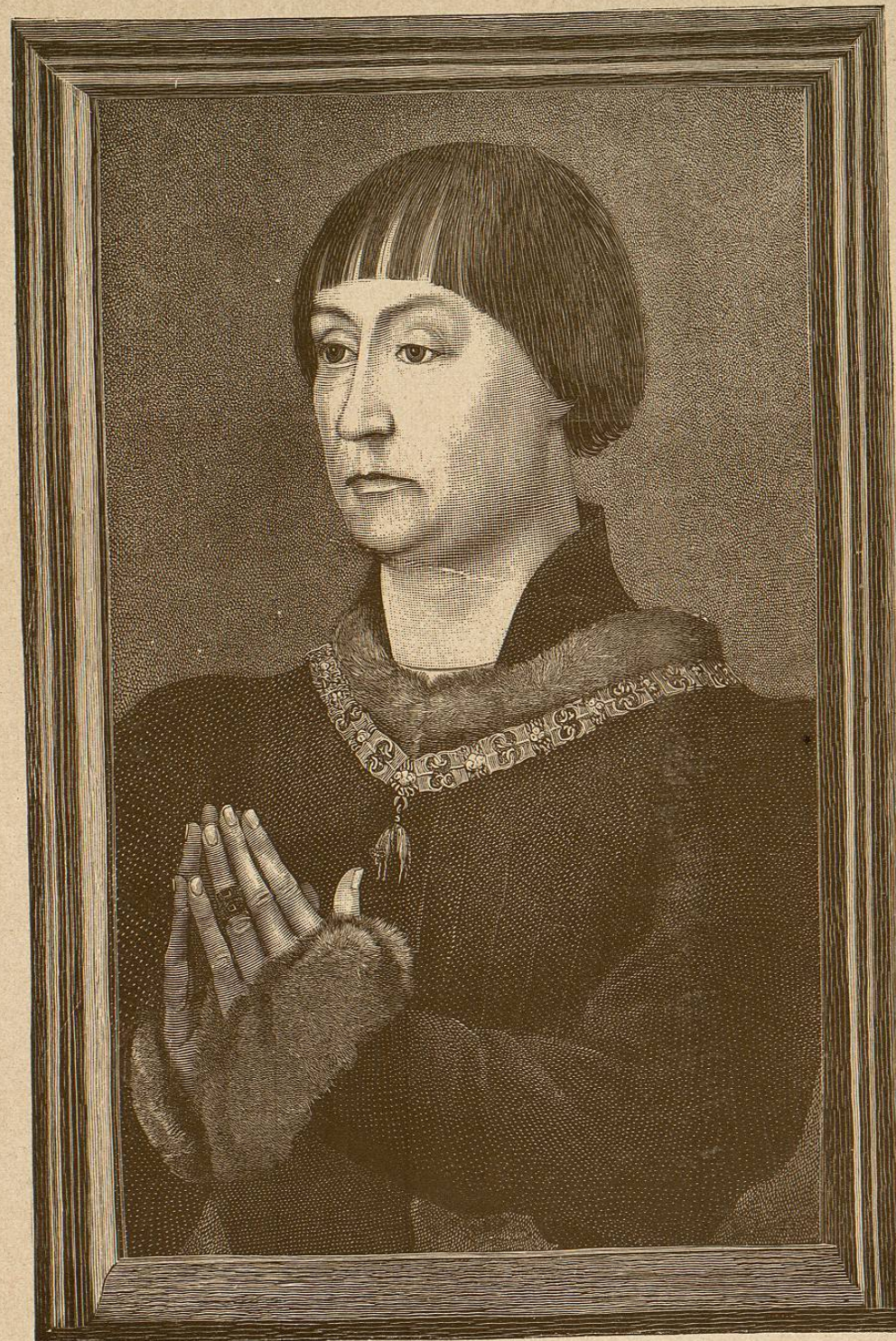
Carlos VII quería adquirir en el alto valle del Rin una «esfera de influencia» como hoy se dice, con objeto de vigilar y contener la expansión de la casa de Borgoña, y creyó conseguir su propósito casándose con la cuñada del delfín, Leonor de Escocia, que vivía en la corte de Francia con el hijo y sucesor de Federico, el de la bolsa vacía, Segismundo. Carlos decidió al joven duque de Austria á dar en concepto de viudedad sus dominios de Suiza á Leonor de Escocia, y con menosprecio de la autoridad imperial tomó dichos dominios bajo su protección, pero no pudo jamás lograr que los confederados los respetaran. Todos sus esfuerzos para reconciliar á los suizos con Segismundo fueron inútiles, no pudiendo consolidar la autoridad austriaca ni extender la influencia francesa en la región del Alto Rin.

Esta política de Carlos VII dió de momento por resultado una aproximación entre Felipe el Bueno y el emperador. Felipe obtuvo la investidura de los ducados y condados que poseía en tierras del Imperio; pero deseaba más: quería hacer de estos ducados y condados un reino del cual habrían sido feudos todos los demás señoríos de la Baja Alemania, desde el ducado de Cléveris hasta el de Lorena. Su intención, muy claramente manifestada por el secretario que envió á Federico III, era tener un reino parecido al del rey Lotario, hijo del emperador Carlos el Magno, es decir, reconstituir la Lotaringia. El canciller del Santo Imperio, Gaspar Slick, á quien Felipe había convencido de la bondad de su causa con argumentos contantes y sonantes, no deseaba otra cosa que apoyarle; pero la desconfianza y la inercia del emperador eran difíciles de vencer. Federico III ofreció simplemente una corona secundaria, un reino de Brabante mediocre y pequeño, en vista de lo cual Felipe desistió de su proyecto y se consoló más tarde diciendo á los embajadores de Luis XI que había desdeñado una corona: «Quiero que todo el mundo sepa que, si yo hubiese querido, habría sido rey (1).»

Felipe el Bueno no logró siquiera ver reconocida su posesión del Luxemburgo (2). Pertenece este ducado á una viuda, Isabel de Görlitz, mujer pródiga y de costumbres ligeras, agobiada de deudas, detestada por sus súbditos y sin apoyo alguno, la cual alarmada por los manejos del duque de Sajonia, que tenía pretensiones sobre el ducado, vendió el Luxemburgo á su sobrino el duque de Borgoña. Los borgoñones, á pesar de la resistencia opuesta por las tropas del duque de Sajonia, ocuparon el país y tomaron por asalto la capital (21 de

(1) *Chronique*, de Jacobo Du Clercq, tomo IV, pág. 80.

(2) Trabajos de Wurth-Paquet y de Van Werveke en las «Publications de la Section historique de l'Institut de Luxembourg», tomos XXVI á XXXI, XL y XLIV. Van Werveke, *Definitive Erwerbung des Luxemburger Landes*, «Luxemburger Land», nueva serie, tomo IV, 1886. F. Richter, *Der Luxemburger Erbfolgestreit*, 1889. W. Lippert, «Mémoires de la Société Eduenne», 1897.



EL DUQUE DE CLÉVERIS

(Retrato existente en la Biblioteca Nacional, París)